

do de este obtuso y viscoso apego a la vaguedad de las primeras impresiones. Sería inútil explicar con alaridos, en una trompeta de bronce, a los oídos de nuestra suave Lisboa, acurrucada a la orilla del Tajo viendo correr el agua, lo que significa el Naturalismo. Después de destrozarnos el pulmón gritándole que no es de la filiación del Marqués de Sade, que *no es grosería ni suciedad*, y que proviene de Homero, a través de Shakespeare y de Molière, la deleitosa ciudad, lega o letrada, desviaría de la corriente del río la mirada lenta y murmuraría con aquella voz pachorrenta y bonachona, que es tan suya: “¿El Naturalismo?... ¿Está hablando del Naturalismo?... Bien lo sé; es grosería y suciedad” (1).

Así es ella: dulcemente testaruda. Lo que no impide que se abalance con voracidad sobre todas esas *Nanás*, esos *Pot-Bouilles*, encuadernados en amarillo, que declara groseros y sucios. Y a tal punto que no tolera, y deja cubrirse de moho en las librerías, los bizcochos inofensivos que le cocinan los maestros con la harina pura del Idealismo (2). No le placen. ¡Quiere lodo, el

(1) ¡Cuánta aplicación tendrían estas frases a España por aquel entonces, donde, cuando se debatía la cuestión del naturalismo, Pedro Antonio de Alarcón hablaba de “la mano sucia”, y Luis Alfonso, el crítico de guante blanco, se escandalizaba desde *La Epoca!*—Véase *La cuestión palpitante*, de la señora Pardo Bazán, y *Sermón perdido* y *Mezclilla*, de Leopoldo Alas.—N. del T.

(2) Este período del interesante prefacio es una alusión a Castello Branco y otros idealistas, que se veían obligados a escribir en naturalistas porque la gente no compraba los libros de idealismo. Así el autor de *Amor de perdicao* escribía al final de su vida *A Corja* y *Eusebio Macario*. Esta fina y muy intencionada alusión, algo pérfida en verdad, provocó una réplica de Castello Branco en unas *Notas a Procissão dos Mortos*, y en contestación a esa réplica, escribió Eça de Queiroz la *Carta a Camillo Castello Branco*, que aparece en el

lodo que condena en las salas, descotada y austera!...

De tal suerte, que asistimos a esta cosa pavorosa: los discípulos del Idealismo, para no ser del todo olvidados, agáchanse melancólicamente, y con lágrimas reprimidas, ¡se untan también de lodo! Sí, amigo mío; estos hombres puros, vestidos de lino puro, que tan indignamente nos reprendieron por revolcarnos en el lodazal, vienen ahora a emporcarse con nuestro barro... Después, levantando muy alto las cubiertas de sus libros, donde escribieron en gruesas titulares este letrero: *Novela realista*, parece que dicen al Público con una sonrisa triste en el semblante enmascarado: “Miren también para nosotros; léannos también a nosotros... Crean que también somos groserísimos y que también somos muy sucios...”

Todavía hay, sin embargo, en esta tierra espíritus escrupulosos y tímidos que, considerando ingenuamente los libros naturalistas como inmundicias in-8.º, los repelen con un desdén que es pueril, pero sincero; cómico, pero honrado. Y para ellos se hace ya necesario ir gritando hasta lo alto de las sierras, que tu libro, a pesar de ir acompañado por uno de esos escarbadores de Verdades que hozan en los estercoleros humanos, lejos de ser uno de esos frutos podridos que ama el Naturalismo, es una flor bien granada, bien graciosa, bien aromática!... Pero es preciso decir también a los espíritus más numerosos y superiores que detestan las flores de papel: ¡que el Naturalismo acepta

libro póstumo ULTIMAS PÁGINAS: (*Manuscritos inéditos*); segunda Edición.—Lisboa, 1917; y que yo he traducido en mi volumen de antología de Queiroz, titulado *La decadencia de la risa*, en esta misma Biblioteca. Ese ensayo o *Carta a Camillo Castello Branco*, reaparecerá en el volumen titulado ULTIMAS PÁGINAS, que publicará próximamente esta misma Biblioteca Nueva.—N. del T.

tu flor como suya, por ser natural, fuerte y llena de savia, con firmes raíces en el suelo de la Naturaleza!...

Tú pusiste al libro amable el título de *Azulejos*, ¡nombre claro, alegre, lustroso y bien meridional!... El expresa gentilmente la naturaleza de tus cuentos, que ofrecen cada uno el diseño vivo y corto de un pedazo de vida real, entrevisto, fijado ligeramente en la primera frescura de la emoción... Sin duda, te fué sugerido por esos revestimientos de azulejos que tanto embellecen las paredes de conventos, de viejas viviendas de campo, y donde se ven, dentro de un bordado ingenuo de follajes de acanto, en un dibujo azul y nítido, escenas concisas de la vida activa: una cacería con lanzas, una comitiva de hidalgos viajando, barcos de vela deslizándose por un río, frailes en recreación bajo los árboles de una cerca... (1).

Así tú trazas en tus *Azulejos* breves esbozos de la vida interior y afectiva; ya es la historia discreta de una pasión novelesca, de esas que llenaron de lágrimas el principio del siglo, en el tiempo de los blasones, de los monasterios y de las jácaras; ya es la ternura sencilla y absoluta de una pobre costurera, rosa medio marchita de buhardilla, que el primer soplo de realidad inclemente hace caer del todo deshojada; ya es una devoción religiosa y sencilla de clérigo, toda perfumada de esas creencias de aldea que son humo, como el

(1) En todo Portugal los azulejos son muy usados en la ornamentación de edificios y de calles. El viajero inglés Aubrey Bell dice a este propósito: "Sometimes they are entirely covered with *azulejos* (glazed tiles) easily washed and looking very bright and clean." (Aubrey F. G. Bell: *In Portugal*, capítulo X, pág. 74.)—N. del T.

humo de los hogares, pero que, como él, revelan el descanso, la paz íntima, el alma aquietada y contenta en su fe; ya es la *Guitarra de Blas*, gimiendo por las tabernas la sensibilidad enfermiza y viciosa de los barrios de fábricas... Y todos estos cuadros son *azulejos*, son verdaderamente tratados a la manera de los *azulejos* de loza en un corredor de monasterio; no hay en ellos nada de duro, de opaco, de empastado; son fáciles y límpidos; tienen la precisión fina y graciosa de un contorno azul sobre un fondo blanco...

Y lo que me agrada en tu libro es esta manera fugitiva, alada, acariciadora, de pintar las cosas en *azul* y *blanco*. Te revelas así como un delicado. Sin serte extraña la esencia de la Vida y de la Realidad, no parece estar en tu gusto, tal vez en tu temperamento, ir a revolverla hasta las bascas con la curiosidad áspera de la pasión. Tu pluma roza simplemente los contornos de la Naturaleza, marcándolos con un trazo suave y tenue. No escarba abajo, donde están la hulla y el oro. Comprende bien la utilidad y la belleza de descender hasta las sombrías entrañas de la Vida, de sorprender la palpitación que todo lo determina; pero hallas con razón más atractivos en quedar en la superficie, donde los jazmines florecen y cantan los mirlos...

El hijo más joven del descuidado Augías, que era también un artista en cerámica, fué el único que ofreció el vino de la buena acogida y aplaudió a Hércules cuando llegó para limpiar las pavorosas caballerizas del rey su padre. Pero apenas el sereno héroe, poniendo en un rincón la clava, partió a afrontar las seculares inmundicias, el hijo de Augías se refugió en la más alta torre, donde no pudiese advertir el sobrehumano trabajo de Alcides, ni oliese los hedores que de él se iban a exhalar; y allí, graciosamente, comenzó a pin-

tar en un vaso una caballeriza, pero toda de jaspe y oro, donde estaban presos, fulvos y color de aurora, los cuatro caballos de Febo. Así tú, comprendiendo la grandeza magnánima de quien remueve lodos y detritus para purificar el aire de un Reino, encuentras, no obstante, más dulce quedarte espejeando colores en un vaso, viendo brillar entre los racimos de la viña el azul del mar de la Hélade. ¡Haces bien!... Coges sólo la flor de las cosas, que puede ser roja y melancólica o amarilla y festiva, pero siempre es una flor; mientras que nosotros nos inclinamos a analizar científicamente las raíces, que son negras, que son feas y que vienen sucias de la tierra áspera donde arraigan y cuya savia absorben...

Para fijar esos pedazos de vida real entrevistados y presentidos, tienes una forma excelente, toda de naturalidad de transparencia. Fáltate, ciertamente, ese relieve cespado, intensamente trabajado, que en Francia tanto sorprende y agrada modernamente, y donde se revela el doloroso esfuerzo del artista, en un ansia de originalidad, gimiendo y palideciendo sobre su buril. ¡No importa! Fué esa forma francesa (cuya simiente imprudente lanzaron los Goncourt y con la cual los parnasianos en prosa y verso produjeron las flores supremas, frías y brillantes como labores de joyería) la que, desembarcada, en un desastroso día, de un vapor correo de Francia, y luego parodiada (1) sin sentido y sin gusto, originó entre nosotros esos estilos grotescos e insensatos que infestan toda la obra escrita de la generación nueva, desde el informe de los tribunales has-

(1) *Macaqueada*; sería mejor conservar esta palabra portuguesa tan gráfica, haciendo con el verbo *macaquear*, del sustantivo *macaco*, la sustitución de *parodiar*.—N. del T.

ta el madrigal; estilos disparatados, pícaros, soeces (1); recuerdan la incoherencia de quien baraja palabras en el desvariar de una fiebre y evocan la cursilería (2) de quien, en una villa remota de provincia, enarbola corbatas de terciopelo verdegay, juzgando reproducir "modelos de París"; y así dan el horror inesperado y estremecedor de una cosa que es al mismo tiempo delirante y canalla...

Tu sencillez, Dios sea loado, es fluída y correcta; y posees así la mejor manera en el arte del cuento con esas medias tintas, esa aguada límpida que no empasta y deja ver hasta el fondo diáfananamente.

En el cuento es menester que todo sea apuntado en un rasgo ligero y sobrio; de las figuras sólo debe verse la línea flagrante y definidora que revela y fija una personalidad; de los sentimientos, sólo lo que quepa en una mirada, o en una de esas palabras que escapan de los labios y revelan todo el ser; del paisaje, solamente las lejanías, en un color uniforme. Tú seguiste fielmente en buen hora esta poética, que es viejísima, que ya viene de Horacio. Y eso forma uno de los encantos de tus *Azulejos*.

Mas el encanto mayor para mí está en esa vibrante y fina sensibilidad, medio llorosa y medio risueña, que en cada página palpita. Tú comienzas por tener una emoción triste en presencia de la vida. ¡Oh, no derra-

(1) *Reles* es una palabra portuguesa, y mejor aún lisboeta, muy típica; se oye decir a cada momento *muito reles*, en el sentido de vulgar, bajo, soez, grosero, zafio, etc.—N. del T.

(2) *Pelintrice*, sustantivo derivado del adjetivo *pelintra*, que es en lisbonense—casi en caló—lo que *pelana* en caló madrileño, o lo que *pelagatos* en buen castellano. Pero aunque *pelintrice* sería en tal caso *pelagatería*—como ya lo traduje en un pasaje de LA DECADENCIA DE LA RISA—publicada en esta misma Biblioteca Nueva (Madrid, 1918)—aquí por el contexto tiene un sentido más amplio de cursilería provinciana.—N. del T.

mas ciertamente los llantos obstinados del elegíaco, ni te devasta la desolación del profeta!... ¡Muy lejos de eso!... La tuya es una melancolía ligera, resignada, como la puede sentir quien, teniendo un temperamento simpático a los dolores humanos, comprende al mismo tiempo que ellos son la parte ineludible, casi necesaria, de un mundo en que es delicioso vivir. Ahora bien; esta fe mundana en el encanto de la vida mantiene desde luego en tu emoción un tono justo; la impide caer en el *sentimentalismo* y en la *sensiblería*; y es ella la que te da esa ironía, tímida y desvaída, pero bien visible, que paralelamente a una tristeza dulce atraviesa tus cuentos, corrigiendo tu vago enternecimiento de apasionado con su rasgo de finura crítica...

Y así sensibilizado, vibrando suficientemente para sentir la poesía sutil de las cosas; armado de una punta de ironía para impedir que tus creaciones se te azuleen del todo bajo la pena, en un impulso de piedad sentimental y se tornen novelescas y, por lo tanto, falsas, tú pudiste hacer la obra delicada y original, mezclando tu libro de gracia poética y de verdad humana. Son tus cuentos, pues, aun por este lado, realmente *azules*. El color es azul y, por lo tanto, idealizado; pero en esa idealización de tono que pertenece a la imaginación y al sueño, las figuras, por la exactitud del dibujo, permanecen en la Realidad y son sólidas expresiones de Vida.

Esta manera de pintar la verdad, levemente desvanecida en la niebla dorada y trémula de la fantasía, satisfaciendo la necesidad de idealismo que todos tenemos nativamente, y al mismo tiempo la seca curiosidad de lo Real que nos dieron nuestras educaciones positivas, parece la mejor manera y la más interesante para quien, como tú, nada más pretende en las regio-

nes del Arte que saber contar de vez en cuando, con buen sentido y buen gusto, una historia imaginada o recordada. Dulce ocupación es, amigo mío, la del cuentista, en los vagares de un casto Decamerón; en ella encontrarás un placer adorablemente fino y perfecto. El Arte, para los que no se clausuraron en él como en los muros de un monasterio, poetiza singularmente la existencia. Si en la intimidad es una esposa celosa, absorbente y devoradora, muéstrase llena de encantos y de gracia que cautiva, para aquellos que sólo de tarde en tarde dan con ella un paseo furtivo en los viejos bosques del laurel délfico!... Uncirse penosamente a la lanza de un arado de hierro, e irlo empujando desde el alba hasta el crepúsculo, en una gleba reseca y empedernida, es labor dolorosa y que llena el aire de gemidos; es la labor de un Flaubert, levantando heroicamente palabra a palabra su monumento, con una pluma rebelde. Pero en este mismo campo, cultivar un macizo de rosas, en la limpidez de la tarde, cuando hay frescura y sombra, es cosa reposada y saludable; y el cuento es esta ligera flor de arte que se cultiva cantando. Distracción que implica una educación: pasar el día lejos de la *Casa Havaneza* y de sus pompas, perfeccionando una frase, burilándola, recortando una imagen en el tejido alado de la imaginación, coloreando de luz y verde un rincón del paisaje; es una alta lección de gusto que ennoblece y afina más delicadamente todo el ser...

Y luego, amigo, el Arte nos ofrece la única posibilidad de realizar el más legítimo deseo de la vida, que es el de no ser apagada del todo por la muerte. Ahora que el Espíritu, teniendo una conciencia más segura del Universo, se niega a creer en la capciosa promesa de las Religiones de que no acabará totalmente e irá aún, en regiones de azul o de fuego, a continuar su existencia por el éxtasis o por el dolor; la única esperanza que nos queda de no morir absolutamente como las coles es la Fama; esa Inmortalidad relativa que se otorga al Arte.

Sólo el Arte puede decir realmente a sus elegidos con firmeza y certidumbre: "Tú no morirás por completo; y hasta amortajado, metido entre las tablas de un ataúd, regado de agua bendita, podrás continuar viviendo por mí. Tu pensamiento, la manifestación mejor y más completa de tu vida, permanecerá intacto, sin que contra él prevalezcan todos los gusanos de la tierra; y aunque fijado definitivamente en tu obra, parezca inmovilizado en ella, como una momia en sus ligaduras, tendrá, sin embargo, el supremo síntoma de la Vida: la renovación y el movimiento, porque hará vibrar otros pensamientos, y a través de las creaciones tuyas estará perpetuamente creando. Hasta tu risa de un momento revivirá en las risas que haya ido despertando; y tus lágrimas no se secarán porque harán verter otras lágrimas. Quedarás para siempre vivo, por mezclarte perpetuamente a la vida de los demás; y las mismas líneas de tu rostro, tu traje, tus modales, no morirán, rememorados constantemente por la curiosidad de las generaciones. Así no desaparecerás ni en tu forma mortal; y serás de esos Eternos Vivientes, más eternos que los Dioses, que son los contemporáneos de todas las generaciones, y van siempre mar-

chando en medio de la Humanidad que marcha... Espíritus originales en los cuales toman luz los demás espíritus para que no se apague el fuego perenne de la Inteligencia, iguales a esas cuatro o cinco lámparas que lleva la gran Caravana de la Meca para que en ellas se enciendan las antorchas, y la Caravana pueda marchar orando siempre y con rumbo seguro."

Y esta promesa, amigo mío, no es falaz. El arte es todo porque sólo él tiene duración; ¡y todo lo demás es nada!... Las Sociedades, los Imperios, son barridos de la tierra, con sus costumbres, sus glorias, sus riquezas; y si no desaparecen de la memoria fugitiva de los hombres, si aún para ellos se vuelven piadosamente las curiosidades, es porque de ellos quedó algún vestigio de Arte; la columna caída de un palacio, los cuatro versos en un pergamino... Las Religiones sólo sobreviven por el arte; sólo él hace a los dioses verdaderamente inmortales, dándoles forma. La Divinidad sólo es absolutamente divina cuando un cincel de genio la fija en mármol; inspira entonces el gran culto intelectual, que es el único desinteresado y el único consciente; ya nada tiene que temer del Libre Examen; entra en la serena región de lo Indiscernible, y sólo entonces deja de tener ateos. El más austero católico es aún pagano, como se era en Citearea, delante de la Venus de Milo. Y Nuestra Señora del Cielo sólo tiene adoraciones unánimes y loores sin disputa, cuando el pincel de Murillo la levanta sobre el Orbe, rubia y llena de estrellas.

El Arte es todo y lo demás es nada. Sólo un libro es capaz de hacer la eternidad de un pueblo. Leónidas o Pericles no bastarían para que la vieja Grecia aún viviese, joven y radiante, en nuestros espíritus; le fué preciso tener a Aristóteles y a Esquilo. Todo es efí-

mero y vano en las Sociedades; sobre todo lo que en ellas más nos deslumbra. ¿Puedes decirme quiénes fueron en los tiempos de Shakespeare los grandes banqueros y las hermosas mujeres? ¿Dónde están los sacos de oro de ellos y el brillo de su lujo? ¿Dónde están los claros ojos de ellas? ¿Dónde están las rosas de York que florecieron entonces? Pero Shakespeare está realmente tan vivo como cuando, en el tablado angosto del *Teatro del Globo*, colgaba la linterna que debía ser la luna, triste y amorosamente invocada, iluminando el jardín de los Capuletos. Está vivo de una vida mejor porque su Espíritu resplandece con un sereno y continuo esplendor, sin que lo perturben más las humillantes miserias de la Carne!...

Nada hay más ruidoso y que más vivamente se zarandee con un brillo de lentejuelas que la Política. Por toda esta antigua Europa se ven multitudes de politiquillos y politicastrocitos enflorados, emplumados, aturdidores, cacareando infernalmente, con la cresta alta. Pero ¿conoces tú la posibilidad de que aquí a cincuenta años, cuando se estén levantando estatuas a Zola, alguien se acuerde de los Ferry, de los Clemenceau, de los Cánovas, de los Brigh (1)?... ¿Puedes decirme quiénes eran ministros del Imperio en 1856, hace sólo treinta años, cuando Gustavo Flaubert escribía *Madame Bovary*?... Para saberlo es preciso desenterrar y rebuscar con repugnancia viejos diarios mohosos; y encontrados los nombres, nunca podrás

(1) De Jules Ferry y de Brigh, realmente ya pocos se acuerdan; a Cánovas diariamente se le rememora en España, en vista de la ausencia de hombres; Clemenceau, "el viejo tigre", ha sido en estos últimos años de guerra y de armisticio (1917 a 1920) dueño de los destinos de Francia y acaso de Europa.—N. del T.

verdaderamente diferenciar al sujeto Baroche del sujeto Troplong; pero de *Madame Bovary* sabes la vida toda, y las pasiones y los tedios, y la perrita que la seguía, y el vestido que se ponía cuando marchaba los jueves en *La Hirondelle* (1) para ir a encontrar a León en Rouen!... Bismarck omnipotente, que es canciller de hierro, de aquí a doscientos años, será, bajo la herrumbre que lo ha de cubrir, una de esas figuras de Estado que duermen en los archivos y que pertenecen a la erudición histórica; el Papa León XIII, tan grande, tan presente, que hasta las criaturas se saben de memoria su sonrisa fina, no será en la larga lista de los Papas mas que una vaga tiara con un número; pero pasarán doscientos años y mil, y el nombre, la figura, la vida de cierto hombre que no gobernó ni la Alemania ni la Cristiandad, estará tan fresco y brillante como hoy en la memoria agradecida de los hombres. ¿Por qué? Porque un día, en una isla del Canal de la Mancha, al rumor de los mares y de los vientos, escribió algunos cantos en verso, que se llaman *La Leyenda de los Siglos* (2).

Bastante mejor que yo lo dice la corta canción:

De vingt rois que l'on encense,  
le trepas brise l'autel...

Mais Voltaire est immortel! (3)

¿Quiere decir esto, amigo mío, que tus *Azulejos*,

(1) Es el nombre que da Flaubert a la diligencia que hace viaje diario a Rouen desde el pueblo donde sitúa la acción de su novela inmortal *Madame Bovary*.—N. del T.

(2) Sería hacer un agravio a la cultura del lector recordarle que el autor de la maravillosa "epopeya lírica" *La leyenda de los siglos*, es el genial Víctor Hugo.—N. del T.

(3) Canción francesa de Beranger, que parece del siglo XVIII. "De veinte reyes a quienes se incienso la muerte derriba el altar... Pero Voltaire es inmortal."—N. del T.

por el mero hecho de no ser un informe de tribunales, han de vivir tanto como los mármoles del Partenón? ¡Ay de ti! ¡Ay de mí! El sol da luz, existe coruscante y redondo hace centenares de siglos, y la Ciencia aún le asegura largos millares de años de esplendor y de gloria en lo alto de los cielos; pero en nuestras casas los fósforos de cera también pertenecen a la substancia que da luz, y cuando alumbran trémulamente un minuto, ya enaltecemos su buena calidad, agradecidos. Tus cuentos son flores de Arte, modestas y sencillas; conténtate con que ellas, como flores que son, duren una mañana de verano. ¡Serás feliz! Mis obras ni siquiera cuentan para vivir con ese "espacio de una mañana" que Malherbe garantiza a las rosas (1). No sé cómo es; les doy mi vida toda y nacen muertas; y cuando las veo delante de mí, me asombro de que, después de tan duro esfuerzo, después de tan ardiente y laboriosa insuflación de mi alma, salga aquella cosa fría, inerte, sin voz, sin palpitación, amortajada en una capa de color!

Pero en fin; consolémosnos, amigo... Puede muy bien suceder que un día, más tarde, uno de esos enamorados de antigüedades que se entretienen en revolver el detritus de las épocas pasadas, encuentre en el rincón olvidado de vieja biblioteca, entre el polvo y

(1) Aquí se advierte cuán modesto era Eça de Queiroz y cómo dudaba de sí mismo, y cuán terriblemente dramático era su anhelo de perfección, a lo Flaubert, que le hacía soñar en una prosa como *ainda não ha*, según confesaba en CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES, por ese capcioso medio de confesión semi-autobiografía, semi-novelesca; y en este párrafo se ve cómo desconfiaba de sus propias obras. Pero su profecía no se cumplió y viven y perduran y perdurarán como obras maestras del arte peninsular y como culminación del genio de su raza sus novelas inmortales, especialmente O PRIMO BASILIO, A RELIQUIA, A CIDADÉ E AS SERRAS.—N. del T.

el moho, amarillento y roído de gusanos, uno de nuestros libros; estos tus mismos *Azulejos*, ahora tan frescos y tan lustrosos al sol. Y por curiosidad arqueológica, puede ser que ese paciente excavador de las Edades muertas sacuda el polvo al volumen caduco y hojee aquí y allá... Y ¡quién sabe! Tal vez la *Guitarra de Blas*, gimiendo dolientemente desde el fondo del pasado, le enterezca un momento; tal vez respire en los *Aromas Campesinos* la exuberancia y la gracia idílica de las aldeas y de los caseríos, sobre los cuales ya entonces habrá rodado, despoetizadora y niveladora, una nueva máquina de la civilización... Y leerá el libro todo; y lo que tú pensaste le ha de hacer pensar, y sonreirá con tu sonrisa... Tus creaciones traspasarán, quejosas o alegres, con la vida que tenían en tu espíritu, por delante de su lámpara, habiendo recibido en su espíritu una encarnación fugitiva; y por ellas tu ser, disperso en la substancia, estará un instante mezclado a un ser vivo y palpitando en su vida toda... ¿Y quién osará decir que esto no sea una resurrección?...

Sólo por eso, amigo mío, vale la pena de que te vengas a juntar a aquellos que (como decía Carlyle) son "simples hacedores de libros". Y si por acaso nunca hubiese de llegar ese día de la Resurrección—al menos en vida, hallándote entre "hacedores de libros", estarás en la cofraternidad de hombres que tienen una noble ocupación en la existencia, una magnífica ambición, alegría, generosidad, calor y entusiasmo... ¡Y esto no se encuentra en todos los vasallos del Rey!...

Trae, pues, tu libro, una resma de papel para hacer otro, y ocupa tu puesto, confiada y holgadamente, en esta Ilustre Compañía.